

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ↔ BARCELONA, enero de 1895 ↔ NÚMERO 15

— Con el presente número se entregará el cuaderno 15 de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —



CURIOSIDADES DEL DUELO:

La Maupin provocó á tres caballeros; salieron éstos á batirse, y ella los mató, uno después de otro.

SUMARIO

La leyenda del astrólogo árabe (*conclusión*).—Hortensia de Castro (*continuación*).—Curiosidades del duelo.—Pensamientos.

LA LEYENDA DEL ASTRÓLOGO ÁRABE

POR WASHINGTON IRVING

(*Conclusión*)

El tesorero del rey Aben-Habuz comenzó á murmurar al ver las sumas que se le pedían diariamente para organizar el ermitorio, y dió sus quejas al soberano; pero la palabra real estaba ya dada, y Aben-Habuz se encogió de hombros.

—Es preciso tener paciencia,—contestó.—Ese anciano ha tomado en el interior de las pirámides su idea de un retiro filosófico, ó acaso la concibió en las vastas ruinas de Egipto; pero todas las cosas tienen su fin, y también le tendrá el decorado de esa caverna.

No le faltaba razón al rey. El ermitorio quedó completo, al fin, y convertido en un sumptuoso palacio subterráneo.

—Ahora estoy contento,—dijo Ibrahim al tesorero;—me encerrará en mi celda para consagrarme al estudio, y ya no deseo nada más, como no sea un ligero solaz para recrearme en los ratos de reposo.

—¡Oh sabio Ibrahim!—contestó el tesorero.—Pide lo que quieras, porque estoy encargado de proporcionarte cuanto necesites en tu soledad.

—Es poca cosa, una bagatela,—repuso el filósofo;—se reduce á tener algunas bailarinas que me distraigan.

—¡Algunas bailarinas!—exclamó el tesorero, poseído de asombro.

—Sí: bailarinas,—replicó el sabio con gravedad;—pero unas pocas serán suficientes, porque soy viejo, filósofo y de costumbres sencillas, por lo cual se me contenta fácilmente. Sin embargo, deseo que sean jóvenes y hermosas, porque la vista de la juventud y de la belleza servirá para remozarme.

Mientras el filósofo Ibrahim pasaba su tiempo así sabiamente en su ermitorio, el pacífico Aben-Habuz empeñaba furiosas campañas en efigie en su famosa torre; y era glorioso para un anciano como él, de tranquilas costumbres, hacer la guerra tan fácilmente y poder recrearse en su cámara derrotando ejércitos enteros, cual si fueran enjambres de moscas.

Durante algún tiempo, complacióse en esta diversión, y hasta agradábale insultar á sus vecinos para inducirles á emprender incursiones; mas poco á poco se cansaban de sufrir tan repetidos desastres, y, por último, nadie atrevióse á invadir los territorios de Aben-Habuz.

Por espacio de muchos meses, el jinete de bronce permaneció en actitud pacífica, con su lanza levantada al aire, y el digno monarca comenzó á sentir la necesidad de su acos-

tumbrada diversión, enojándose su monótona quietud.

Pero un día el talismánico jinete dió media vuelta de improviso, y, bajando su lanza, señaló las montañas de Guadix. Aben-Habuz corrió á su torre; pero en la mesa mágica que estaba en aquella dirección no se notaba nada nuevo y ni un solo guerrero se movía.

Perplejo y sin saber á qué atenerse, el rey envió un fuerte destacamento de caballería para practicar un reconocimiento en las montañas. La fuerza volvió á los tres días de ausencia.

—Hemos explorado,—dijo el oficial,—todos los pasos de la montaña; pero no se ha visto ni un solo casco, ni una lanza. Todo cuanto hemos encontrado se reduce á una doncella cristiana de sorprendente belleza, que dormía junto á un arroyo, y la cual traemos cautiva.

—¡Una doncella de sorprendente belleza!—exclamó Aben-Habuz, con los ojos brillantes de animación.—¡Que la conduzcan á mi presencia!

La hermosa joven entró poco después en la cámara. Su traje, aunque sencillo, realzábbase por los lujosos adornos usados por las españolas en tiempo de la conquista árabe. Varias perlas de notable blancura hacían resaltar el negro y sedoso cabello de la doncella, y el brillo de varias joyas rivalizaba con el de sus ojos. Pendiente del cuello llevaba una cadena de oro, que servía para sostener una lira de plata, y sus ojos, de un color castaño muy oscuro, parecían revelar un alma de fuego.

El corazón de Aben-Habuz, fácil de enardecerse, á pesar de la edad, latió violentamente al contemplar aquella joven de voluptuoso aspecto.

—Hermosa mujer,—exclamó con un movimiento de entusiasmo;—¿quién eres y de dónde vienes?

—Soy hija de uno de los príncipes godos que últimamente reinaron en este país. Los ejércitos de mi padre han sido aniquilados como por magia en esas montañas. El está desterrado y yo cautiva.

—¡Alerta!—murmuró Ibrahim al oído del rey.—Esta joven puede ser una de esas hechiceras del Norte de quienes hemos oído hablar, y que toman las formas más seductoras para engañar á los incautos. En sus ojos leo la perfidia de la hechicera y también la nota en todos sus movimientos. Ese es, seguramente, el enemigo indicado por el talismán.

—Hijo de Aben-Ajeeb,—repuso el rey;—tú eres un sabio, lo confieso, un hábil conjurador por cuanto yo he visto; pero estás poco versado en el modo de proceder de las mujeres. En este punto no cedo á ningún hombre, ni aun al mismo rey Salomón, á pesar de sus muchas concubinas. En cuanto á esta joven, no veo nada malo en ella. Es hermosa como un sol y me halaga la vista.

—¡Escucha, oh rey!—replicó el astrólogo.—Te he proporcionado muchas victorias por medio de mi talismán; pero jamás quise participar de los despojos del botín. Dame ahora,

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

pues, esa joven cautiva para que me distraiga en mi soledad con su lira de plata; y si es verdaderamente una hechicera, yo tengo medios para contrarrestar sus encantos.

—¡Cómo! ¡Más mujeres! —exclamó Aben-Habuz.— ¿No tienes ya suficientes bailarinas para recrearte?

—Ciento es que tengo bailarinas, pero ninguna que sepa cantar, y la música me halagaria cuando descanso después de largas horas de estudio.

—Es necesario poner coto á tus exigencias para el ermitorio,—dijo el rey con impaciencia.—Destino esa joven para mí, porque, seguramente, me proporcionará gran consuelo, tanto como el que tuvo David, padre de Salomón el Sabio, con la hermosa Abishag.

Las instancias y observaciones del astrólogo solamente dieron por resultado contestaciones más perentorias del monarca, y éste y su astrólogo separáronse disgustados. El sabio fué á encerrarse en su ermitorio para devorar su enojo; mas no sin haber amonestado al rey una vez más para que estuviese alerta con su peligrosa cautiva.

Pero ¿dónde está el anciano enamorado que sea capaz de escuchar un consejo? Aben-Habuz se dejó dominar completamente por su pasión, y ya no se cuidó de mostrarse amable á los ojos de la hermosa goda. Ciento que no tenía juventud para recomendarse; pero, en cambio, podía disponer de riquezas; y cuando un amante es viejo, generalmente se muestra muy generoso.

Del zacatín de Granada se tomaron las más preciosas mercancías del Oriente: sedas, joyas, piedras preciosas, exquisitos perfumes y cuanto el Asia y el África producen de más rico y costoso. Todo fué para la princesa; y organizáronse espectáculos y regocijos para su diversión; bailes, torneos, corridas de toros, y Granada fué durante algún tiempo un lugar de regocijo.

La princesa miraba todo aquel esplendor con los ojos de una persona acostumbrada á la magnificencia. Recibíalo todo con un homenaje debido á su categoría, ó, más bien, á su hermosura, porque ésta es más exigente; y hasta complacíase, secretamente, al parecer, en inducir al rey á gastar mucho, tanto, que su tesoro comenzó á disminuir por efecto de tan extravagante generosidad.

Mas lo peor era que, á pesar de sus asiduidades y munificencia, el venerable amante no se podía lisonjear de producir la menor impresión en el corazón de la joven, que, si bien no fruncía el ceño al mirarle, en cambio tampoco sonreía nunca. Cuando el rey comenzaba á declarar su pasión, la doncella tocaba su lira de plata, cuyos sonidos tenían un encanto místico. Entonces el monarca sentía deseos de dormir; sobrecofiále una especie de letargo, y poco á poco entregábábase al sueño, del cual despertaba muy tranquilo, pero completamente mitigada su pasión. Y lo más raro era que cuando dormía tenía sueños que embotaban sus sentidos. Eso continuó algún tiempo, mien-

tras que toda Granada no hacía más que murmurar, quejándose de que se despilfarrara el tesoro para oír una canción y satisfacer los caprichos de una cautiva.

Al fin, un peligro amenazó al rey Aben-Habuz; peligro no anunciado por el talismán. En la misma ciudad estalló una insurrección, y el palacio fué asaltado por una multitud armada, que amenazó la vida del soberano y la de su hermosa cautiva. Una chispa de su antiguo espíritu guerrero enardeció un instante el pecho del monarca, y, poniéndose á la cabeza de sus guardias, salió del palacio, puso en fuga á los rebeldes y sofocó la insurrección en su nacimiento.

Restablecida la tranquilidad, Aben-Habuz buscó al astrólogo, que seguía encerrado aún en su ermitorio, devorando todavía su resentimiento.

El rey se acercó á Ibrahim, y hablóle con tono conciliatorio.

—¡Oh sabio hijo de Abu-Ajeeb! —dijole.— Razón tenías al anunciarme dos peligros que me amenazaban por causa de mi bella cautiva. Tú, que tan fácilmente adivinas los peligros, dime qué debo hacer para evitarlos.

—Apartar de tu lado esa doncella infiel, que es la causa de todo.

—¡Antes me separaría de mi reino! —contestó Aben-Habuz.

—Estás en peligro de perder ambas cosas,—replicó el astrólogo.

—No estés tan enojado, ¡oh tú, el más profundo de los filósofos! Considera la triste situación de un monarca amante, y sugiéreme algún medio para preservarme de los males que me amenazan. No me importa la grandeza, ni tampoco el poder: solamente quisiera el tranquilo reposo, y me contentaría con algún retiro, donde pudiera vivir apartado del mundo, con sus pompas y perturbaciones, y consagrarse el resto de mis días á la paz y al amor.

El astrólogo miró un momento fijamente al rey.

—Y ¿qué me darías,—preguntó después de una pausa,—si yo te proporcionase un retiro de esa especie?

—Tú mismo pedirías la recompensa, y, sea lo que fuere, si está en mi poder, te doy mi palabra de que lo tendrás.

—¿Has oído hablar,—preguntó el astrólogo,—del jardín de Irem, uno de los prodigios de la Arabia feliz?

—Sí: he oido hablar de ese jardín, del que se habla en el Corán, en el capítulo titulado *El Amanecer*. También oí á los peregrinos referir cosas que maravillan; mas creo que son fábulas, propias de la Meca, y tales como las cuentan los viajeros que han visitado esos países tan remotos.

—Pues no lo creas así, ¡oh rey! —repuso el astrólogo gravemente,—porque esas narraciones son dignas de crédito y contienen preciosos datos, recogidos en los confines de la tierra. En cuanto al Palacio y Jardín de Irem, cuanto se dice de ellos es generalmente verdad, y yo mismo los he visto. Escucha lo que voy á refe-

rirte, pues se relaciona con lo que has solicitado. En mi juventud, cuando era simplemente un árabe del desierto, conducía los camellos de mi padre. Al cruzar por cerca de Aden, uno de mis animales, separándose de los demás, se extravió. Durante algunos días me ocupé en buscarle, pero inútilmente, hasta que, al fin, rendido de cansancio y débil, me eché junto á una

habíase desvanecido, y en su lugar extendiérase el solitario desierto. En la inmediación me encontré con un anciano derviche, instruido en las tradiciones y secretos de aquella región, y le referí lo que me había sucedido. «—Eso que habéis visto,—dijome,—es el famoso Jardín de Irem, una de las maravillas del desierto. Solamente lo ve á veces algún



LA LEYENDA DEL ASTRÓLOGO ÁRABE: El oficial vió á una doncella cristiana que dormía junto á un arroyo

colina y dormí bajo una palmera que se elevaba al lado de una cisterna. Al despertar, encontréme á la puerta de una ciudad; entré en ella, y ví magníficas calles y plazas, sin contar varios mercados; pero todo estaba silencioso y sin un solo habitante. Comencé á vagar de un lado á otro, hasta que, con grande admiración, ví un sumuoso palacio con jardín, donde había fuentes, estanques llenos de peces, arboledas, flores y hermosos arbustos; pero nadie lo habitaba. Entonces, atemorizado por aquella soledad, me apresuré á retroceder, y después de salir por la puerta por donde había entrado en la silenciosa ciudad, volví la cabeza para contemplarla; mas ya no ví nada;

viajero errante como vos, que se alegra al contemplar las torres y palacios y las arboledas; pero todo esto se desvanece después, dejando tan sólo el árido desierto. Siempre es la misma historia. En los antiguos tiempos, cuando este país estaba habitado por los Aditas, el rey Sheddad, hijo de Ad, tataranieto de Noah, fundó aquí una ciudad espléndida. Cuando hubo terminado la edificación y el monarca vió su grandiosidad, sintióse poseído de orgullo y arrogancia, y resolvió construir un palacio real, provisto de jardines que rivalizasen con todo cuanto se relataba en el Corán sobre el paraíso; pero la maldición del cielo cayó sobre él para castigar su presunción. El

monarca y sus súbditos fueron barridos de la tierra, y su espléndida ciudad, con su palacio y sus jardines, quedaron sometidos á un encanto que los oculta de la vista humana, como no se divisen por casualidad á intervalos». Esta historia, ¡oh rey!, — continuó el astrólogo, — y las maravillas que yo he visto, no se han borrado de mi pensamiento; y más tarde, después de haber estado en Egipto y de poseer el libro de la sabiduría de Salomón, resolví volver otra vez al lugar donde se halla el jardín de Irem. Pude encontrarlo, y mi vista intruída lo divisó. Entonces tomé posesión del palacio de Sheddad y pasé varios días en aquel

su propia mano la figura de una enorme llave, y en el arco exterior del vestíbulo, más alto que el del portal, esculpió una mano gigantesca. Había allí, además, muchos poderosos talismanes, sobre los cuales el astrólogo repitió muchas sentencias en un lenguaje desconocido.

Cuando esta obra estuvo terminada, el astrólogo se encerró por espacio de dos días en su cámara y ocupóse en hacer encantos secretos. El tercer día escaló la montaña y permaneció en la cumbre hasta última hora de la noche. Entonces bajó y presentóse el anciano Aben-Abuz.



LA LEYENDA DEL ASTRÓLOGO ÁRABE: La princesa iba al lado de Aben-Habuz, guiados los dos por el astrólogo

paraíso. Los genios que le custodiaban eran obedientes á mi fuerza mágica, y reveláronme los encantos, por medio de los cuales se veía realmente el jardín, ó bien se hacía invisible. Yo puedo, ¡oh rey!, construir para ti semejante palacio y jardín, aunque sea aquí en esa montaña que domina la ciudad. ¿No conozco yo todos los encantos secretos, y no poseo acaso el libro famoso de Salomón *el Sabio*?

—¡Oh sabio hijo de Aben-Ageeb! — exclamó Aben-Habuz con ansiedad. — Tú eres un gran viajero que ha visto y ha aprendido maravillas. Proporcioname semejante paraíso y pide la recompensa que quieras, aunque sea la mitad de mi reino.

—¡Ay de mí! — replicó el astrólogo. — Ya sabéis que yo soy anciano y filósofo, y me contento con poca cosa. Todo cuanto os pediré es la primera bestia y su carga que entre por la mágica puerta del palacio.

Convino alegremente en acceder á tan moderada exigencia, y el astrólogo comenzó á trabajar. En la cima de la montaña, dominando el ermitorio subterráneo, mandó levantar una grandiosa barbacana, en la cual se debía entrar por el centro de un torreón. Había, además, un vestíbulo exterior, ó pórtico, con elevado arco, é interiormente una especie de portal con puertas muy sólidas. En la piedra angular de este portal, el astrólogo trazó con

—Al fin, ¡oh rey! — dijo, — mi obra está concluida. En la cima de la montaña hay uno de los más deliciosos palacios que la imaginación del hombre pudiera soñar y su corazón apetecer. Contiene suntuosas cámaras y galerías, deliciosos jardines, frescas fuentes y baños perfumados. En resumen: toda la montaña se ha transformado en un paraíso, y, así como el jardín de Irem, está protegido por un poderoso encanto que le oculta á la vista de los mortales, excepto para aquel que posea el secreto de su talismán.

—Perfectamente! — exclamó Aben-Habuz, poseído de alegría. — Mañana á primera hora, apenas luzca el sol, escalaremos la montaña para tomar posesión de ese retiro.

El feliz monarca durmió poco aquella noche; y apenas los primeros albores de la aurora tiñeron el horizonte, iluminando las nevadas cimas de la sierra, Aben-Habuz montó en su caballo, y, seguido tan sólo de algunos servidores elegidos, franqueó el escabroso y angosto sendero que conducía á la cumbre. A su izquierda, montando una jaca blanca, iba la princesa, con su vestido y su cabello adornado de joyas, y pendiente del cuello la cadena que sostenía su lira de plata. Al otro lado del rey iba el astrólogo, ayudándole á subir con su báculo lleno de jeroglíficos, pues Ibrahim no montaba nunca.

Aben-Habuz miraba á todas partes, esperando ver las torres del palacio destacándose más arriba, y los terrados y los jardines extendiéndose en las alturas; pero no distinguía nada.

—Ese es el misterio y salvaguardia del palacio, —dijo el astrólogo, contestando á las miradas interrogadoras del rey.—Nada se puede divisar hasta que hayáis pasado de la puerta encantada y os halléis en posesión del palacio.

Al acercarse al portal, el astrólogo se detuvo y mostró al rey la mano mística y la llave esculpida en el arco.

—Estos talismanes, —dijo, —son los que guardan la entrada de vuestro paraíso. Hasta que aquella mano pueda bajar lo suficiente para coger la llave, ninguna fuerza humana ni artificio mágico podrán prevalecer contra el señor de esta montaña.

Mientras que Aben-Habuz contemplaba silencioso, con la boca abierta, aquellos talismanes místicos, la jaca de la princesa siguió adelante, conduciendo á su dueña hasta el portal, en el mismo centro de la barbacana.

—¡Contemplad, —exclamó el astrólogo,—la recompensa que me habéis prometido! La primera bestia con su carga que entrase por la puerta mágica.

Aben-Habuz sonrió, considerando que aquello era una broma del anciano; pero, al comprender que hablaba formalmente, su barba tembló de indignación.

—¡Hijo de Aben-Ajeeb! —exclamó con acento de enojo.—¿Qué equivocación es ésta? Tú comprendiste, seguramente, lo que yo quería decir al ofrecerte una recompensa: yo entendí que pedías la primera bestia de carga que entrase por ese portal. Ve á buscar la mula más corpulenta que haya en mis cuadras, cárgala con los más preciosos efectos de mi tesoro y será tuya; pero no te atrevas á elevar tus pensamientos hasta la mujer que es la delicia de mi corazón.

—¿Para qué necesito yo la riqueza?—exclamó el astrólogo con tono sarcástico.—¿No tengo yo el libro de Salomón el Sabio, que me permitirá encontrar todos los tesoros ocultos en la tierra? La princesa es mía por derecho; tu palabra real está empeñada, y reclamo esa doncella como mi propiedad.

La cautiva miraba con altanería al rey y á su astrólogo desde su jaca, y una ligera sonrisa de burla entreabrió sus frescos labios al oír la polémica entre aquellos dos viejos, que se disputaban la posesión de la juventud y de la belleza.

La ira del monarca prevaleció, al fin, sobre su discreción.

—¡Vil hijo del desierto! —exclamó.—¡Tú puedes ser maestro en muchas artes; pero me has de reconocer por tu señor, y no creas que te burlarás de tu rey!

—¡Mi señor! —repitió el astrólogo.—¡Mi rey! —Cómo puedes atreverte á esperar que ejerces dominio sobre aquel que posee los talismanes de Salomón? ¡Adiós, Aben-Habuz! ¡Gobierna en tu mezquino reino, y despierta en el paraíso

de los tontos! En cuanto á mí, voy á reirme de Aben-Habuz en mi filosófico retiro.

Así diciendo, cogió de la brida la jaca, golpeó la tierra con la punta de su báculo, y desapareció por la abertura del centro de la barbacana con la princesa goda. La tierra se cerró sobre ellos, sin dejar la menor señal del paso secreto.

Aben-Habuz permaneció mudo de estupor durante algún tiempo; pero, recobrándose después, dispuso que mil trabajadores socavaran con picos y azadas el terreno por donde el astrólogo había desaparecido; pero sus esfuerzos fueron inútiles. El corazón pedregoso de la montaña resistió al hierro; y si alguna vez penetraba un poco, la hendidura se llenaba otra vez de tierra.

Aben-Habuz buscó al pie de la montaña la entrada de la caverna, que conducía al palacio subterráneo del astrólogo; pero no la encontró en ninguna parte. Donde antes se hallaba la entrada, veíase ahora una superficie sólida de roca primitiva. Con la desaparición de Ibrahim Abu Ajeeb, cesó el beneficio de sus talismanes; el jinete de bronce permanecía fijo con la cara vuelta á la montaña y apuntando su lanza hacia el sitio por donde el astrólogo había bajado, como si aún rondara por allí el más mortal enemigo de Aben Habuz.

De vez en cuando, las notas musicales y los sonidos de una voz de mujer ofíanse débilmente, cual si partieran del corazón de la montaña; y cierto dia un campesino se presentó al rey para decirle que la noche anterior, como viese una grieta en la roca, introdujose en ella, y vió desde allí una sala subterránea, donde se hallaba el astrólogo sentado en un magnífico diván, dando cabezadas como si durmiera; mientras que la princesa parecía tenerle encantado con las notas de su arpa.

Aben-Habuz buscó la grieta de la roca; pero habiése cerrado ya, é hizo otras tentativas para descubrir á su rival; mas todo fué inútil.

El encanto de la mano y de la llave era demasiado poderoso para que le contrarrestasen las fuerzas humanas; y en cuanto á la cumbre de la montaña, el lugar donde se viera antes el palacio prometido y el jardín, hallábase convertido en un páramo. Todo se mantenía invisible por el encanto, ó todo era una mera fábula del astrólogo. El mundo supuso caritativamente lo último, y algunos dieron en llamar al sitio *La locura del rey*, mientras que los más le dieron el nombre de *Paraíso de los tontos*.

Para mayor pesar de Aben-Habuz, los vecinos á quienes desafiaba, complaciéndose en derrotarlos, mientras fué dueño del jinete talismánico, viendo que ya no le protegía ningún arte de magia, emprendieron incursiones por sus territorios, y el resto de vida del más pacífico de los monarcas fué una serie no interrumpida de atribulaciones.

Al fin, Aben-Habuz murió y fué enterrado. Los siglos se sucedieron, y se construyó la Alhambra en la histórica montaña, realizándose en cierto modo las fabulosas delicias

del Jardín de Irem. La puerta encantada existe aún, protegida, sin duda, por la mística mano y la llave, y ahora constituye la Puerta de la Justicia, principal entrada de la fortaleza. Dícese que bajo esa puerta se halla aún el anciano astrólogo en su ermitorio subterráneo, dando cabezadas en su diván, y adormecido por los acordes de la lira de plata de la princesa.

Los centinelas inválidos que montan la guardia en la puerta, oyen algunas veces, en las noches de verano, los armónicos sonidos, y, cediendo á su fuerza soporífica, entréganse al sueño. Esta influencia, que produce languidez, enerva de tal modo, que todos cuantos habitan el palacio, incluso los encargados de vigilar durante el día, se quedan dormidos, por lo regular, en los bancos de piedra de la barbacana, ó á la sombra de los árboles inmediatos; de modo que aquel puesto militar es el más soñoliento de toda la cristiandad.

Todo esto, según dicen las antiguas leyendas, se producirá del mismo modo en el transcurso de los siglos. La princesa continuará siendo cautiva del astrólogo, y éste continuará adormecido bajo la influencia de las armonías de la lira hasta el día del juicio final, á menos que la mano mística coja la llave y disipe todo el encanto de aquella montaña misteriosa.

CURIOSIDADES DEL DUELO

En sus *Memorias*, el abate Arnauld nos refiere una divertida historia sobre una mujer duelista, llamada Mme. de Saint-Balmont, de la cual nos dice que con el valor de un intrépido soldado tenía, además, la modestia de una buena cristiana. La belleza de su rostro correspondía á su inteligencia; pero sus formas no tenían el menor atractivo, pues era pequeña y regordeta. Sin duda por esto, miraba con desdén los encantos femeniles; y como fuese atacada de la viruela, que desfiguró algo su semblante, dijo que así parecería más un hombre. Era esposa del conde de Saint-Balmont; y cuando éste fué desterrado, permaneció en sus dominios para cuidar de ellos.

Ahora bien: sucedió que un oficial de caballería francesa había fijado su domicilio en uno de aquellos Estados, y vivía allí muy tranquilo y satisfecho, creyendo que el dueño no volvería nunca de su destierro para expulsarle de allí. La Sra. de Balmont le escribió una carta muy atenta, quejándose de su tardanza en pagar los alquileres; pero el oficial no hizo caso de la misiva. Picada entonces la propietaria, le envió otra, aparentando que era del hermano de su esposo. Decíase en ella que el desaire hecho á la Sra. de Saint-Balmont exigía una satisfacción en el terreno.

El oficial francés aceptó el reto y presentóse en el sitio convenido. Mme. de Balmont le salió al encuentro, vestida de hombre. Desenvainaron los aceros, y después de algunos pases la dama desarmó al oficial, clavando después en tierra la punta de su espada.

—Sin duda, creíais,—dijo á su adversario, con graciosa sonrisa,—que estabais batiéndose con el caballero de Saint-Balmont; pero sabed que es con la señora, que os devuelve vuestra espada, rogándoos que en lo futuro seáis más atento á las peticiones de las damas.

Dicho esto, Mme. de Saint-Balmont se retiró, dejando solo á su antagonista para que se recobrase de su vergüenza y confusión. El oficial no solamente abandonó la residencia usurpada, sino que huyó del país y no se le volvió á ver jamás.

No es la Sra. de Saint-Balmont la única mujer duelista que conocemos en Francia. También podemos citar á la esposa de Chateau Gay de Murat, que acostumbraba á pasear á caballo, con pistolas en las bolsas de la silla, la espada al cinto, y las faldas remangadas sobre las pesadas botas de montar. En cierta ocasión, con motivo de haber mediado una diferencia con un tal M. Codières, fué á llamar á la puerta de su casa. El caballero la recibió con una sonrisa; pero la Sra. de Chateau-Gay le manifestó que iba para batirse, y le hubiera atravesado de parte á parte si no se hubiese puesto á la defensiva á tiempo, acosando después á la dama tan vivamente que al poco rato cayó al suelo, rendida de cansancio y pidiendo merced.

Sin embargo, esta pequeña lección no le sirvió, al parecer, de escarmiento, pues algunos años después desenvainó la espada contra tres caballeros, con los cuales se había trabado de palabras en una cacería.

—¡Vamos, señora, vamos!—dijo su *groom*.
—Ved que son tres contra uno.

Pero la dama no quiso desistir, y contestó:
—No se dirá nunca que me retiré sin atacarlos.

Y los atacó, en efecto; pero, muy poco caballerosamente, fué muerta por sus adversarios.

La Maupin, otra mujer hombruna de la misma especie, fué más afortunada. Hallábase en un baile de máscaras vestida de hombre, y provocó á tres caballeros: éstos salieron á batirse, y los mató uno tras otro. Algunos años antes había sido insultada por Dumesnil, que trabajaba con ella en el teatro de la Ópera: la Maupin, sin gastar tiempo en palabras, se fué á su casa, vistióse de hombre y volvió para esperar á Dumesnil á la puerta del escenario. Apenas vió que salía, tocóle con su espada y díjole que desenvainase; pero el hombre no tenía deseos de batirse y quiso escapar. Entonces la Maupin, cogiendo un palo, le golpeó con él, y despojó al actor de su caja de rapé y de su reloj.

Al día siguiente, hallándose en el teatro, Dumesnil se quejó de que le habían atacado la noche anterior algunos rufianes, que, no contentos con maltratarle, le robaron el reloj.

—¡Mentís!—exclamó la Maupin.—Os di una paliza porque no quisisteis batirnos conmigo; y, en prueba de ello, aquí está vuestro reloj y la caja de rapé.

Otra mujer por el estilo fué la Beaupré. Esta actriz, habiendo disputado con una de sus

compañeras en en el arte, La des Nolis, fué á buscar dos espadas. La des Nolis tomó una creyendo que todo se reduciría á pura broma; pero la Beaupré, atacándola vivamente, la hirió en el cuello, y tal vez la hubiera muerto si no hubieran intervenido los que presenciaban aquella escena.

Tal vez el más curioso incidente de este género fué un duelo que se verificó en el Bosque de Bolonia entre la marquesa de Nesle y la condesa de Polignac. La marquesa propuso pistolas, y la condesa aceptó, concediendo generosamente á su antagonista el primer tiro. La de Nesle hizo fuego, y su bala rompió la rama de un árbol sin causar daño alguno.

—La cólera hace temblar la mano,—dijo la condesa. Y, alzando la pistola, disparó: su bala arrancó la punta de una oreja de la marquesa.

En Inglaterra, los primeros tiempos de la dinastía de los Estuardos fueron la gran época para los duelistas; y lord Herbert de Cherbury nos refiere con singular complacencia muchos curiosos lances en los cuales tomó parte; pero el más famoso encuentro en aquel período fué el ocurrido entre el conde Dorset y lord Bruce, siendo los celos la causa del lance. La injuria databa de largo tiempo; pero, habiéndose repetido en Canterbury, lord Bruce abofeteó al conde. Separóse á los contendientes, y sus amigos instaban para que se diesen las manos; pero la reconciliación no fué más que aparente. Lord Bruce marchó á Francia para adiestrarse en el manejo de la esgrima, y poco después concertóse el encuentro entre ambas partes.

Véase lo que dice el conde al hablar de este duelo:

«—No estoy ignorante de las falsas apreciaciones que contra mí han hecho personas no autorizadas respecto al desgraciado lance ocurrido entre lord Bruce y yo. No hay más que dos medios para resolver dudas de esta naturaleza: por el juramento y por la espada. Lo primero es para los magistrados, y se puede comunicar á los amigos; lo segundo es para aquellos que maliciosa y descaradamente defienden sus asertos. Opiniones erróneas ó maliciosas apreciaciones pueden conducir á una interpretación torcida que perjudicaría mi buen nombre; y, por lo tanto, estoy dispuesto á sostener en todos los terrenos, bajo la fe de caballero, que mi relato no es más ni menos que la pura verdad.

»Se concedió á nuestros padrinos autorización para entenderme, y convinieron en qué marcháramos á Antwerp, desde donde pasaríamos á Bergen-op-Zoom, donde á medio camino hay un pueblo que separa el territorio de los Estados de los del archiduque. A fin de que, terminado el duelo, el que sobreviviese pudiera escapar de la acción de la justicia del país, habíanse adoptado las medidas necesarias. Tam-

bién se convino que en el caso de que uno de los contendientes cayera ó resbalase, cesaría el combate; y que aquel que por su mala suerte quedara vencido, reconocería que su vida estaba en manos de su adversario. Si la espada de uno de los combatientes se rompía por casualidad, el otro no debería aprovecharse de esta ventaja, y los dos combatientes se darían la mano, ó continuarían la lucha con armas iguales. Se nos dió cuenta de estas condiciones, y ambos las aceptamos. En su consecuencia, nos embarcamos para Antwerp; y como quiera que nuestras espadas no fueran de la misma dimensión, envié á París orden de que me remitiesen una de igual longitud. Sin embargo, era más ancha, y mi contrario objetó contra esto, diciéndome que le correspondía la elección, privilegio que yo reconocí.

»Al entregarnos las espadas sir John Heiden, lord Bruce eligió la mía; después se esperó á los cirujanos, y cuando hubieron llegado nos pusimos en marcha.

»Cabalgamos uno tras otro en el espacio de unas dos millas, y, llegados al punto convenido, que era un pequeño prado, tomamos posición junto á un arroyo; cada cual se despojó de su levita, y, habiéndose retirado todos á distancia conveniente, nos atacamos.

(Se concluirá)

*** PENSAMIENTOS ***

—Dicen que las mujeres son inconstantes. El padrón de vecinos demuestra lo contrario.

Un siglo hace que muchas mujeres vienen figurando en sus hojas con 30 años.

—Contraer matrimonio es lo mismo que embarcarse.

Se expone una á correr un temporal.

—Las flores de trapo son una profanación execrable.

Doblemente cuando ofrecen el azahar artificial.

—La tiranía del dinero es la primera en prostituir las almas.

—La explotación del hombre por el hombre es la tendencia humana eterna, suavizada por las civilizaciones, cambiando de nombre y de forma y subsistiendo en el fondo.

—La imprevisión causa más desgracias que la guerra.

—Sofisma que se impone á la razón es ciertamente el de que la verdad guste de misterios.

—El engaño gusta de rodeos. Las curvas facilitan sus empresas. La línea recta no sirve á su objeto.

—El servilismo hace más odioso al esclavo que al tirano.

—Rara vez deja de engreirse la fortuna.